

9 meses de “Pandemia”. ¿Y en Mozambique?*

“Nunca sabemos qué nos mueve de verdad. Me gustaría terminar los días reconciliado con el mundo, y sobre todo saber qué mundo fue este en que viví y qué es la vida.”

Eduardo Lourenço¹

Este 2020 ha marcado nuestras vidas en tanto que hemos sido testigos/os o hemos sufrido lo que la Organización Mundial de la Salud denominó como Pandemia, al concluir que todas las personas en el mundo corren el riesgo de ser contagiadas con el nuevo coronavirus, el SARS-CoV-2.

Una pandemia, por definición, es global en su transmisión, pero afecta más rápidamente a las zonas geográficas que están más interconectadas, donde las personas viajan más, sea por trabajo u ocio. Los viajes, símbolo de la integración en la economía mundial y la globalización, han potenciado la rápida expansión del virus, con las consecuencias y secuelas que conocemos.

En el momento que escribo, han pasado solamente 9 meses desde que la OMS declaró la pandemia de Covid-19. Sin embargo, las distintas repercusiones y respuestas dadas por los países e incluso dentro de los propios países, parecen indicar que el sistema económico capitalista y su ofensiva neoliberal nos conducen a un abismo humano y ecológico. Y también al empeoramiento del *conflicto capital-vida* (vida humana y vida ambiental), con impactos inimaginables para nuestra propia existencia, presente y futura.

En estos últimos meses, el incendiar del discurso populista, nacionalista y autoritario, mediante la repetición de *eslóganes* basados en *fake news*, desinformación y *hechos alternativos*, por parte de distintos responsables políticos, nos hace pensar lo mucho que están empeñados en aprovechar la oportunidad que esta pandemia les brinda. La coincidencia *ipsis verbis* de algunos de sus discursos no será mera casualidad. Cuanto peor, mejor... para las élites que ellos representan.

Desde el contexto donde escribo, la pandemia de Covid-19 no tiene solo consecuencias – directas e indirectas – en nuestra salud o en la de nuestros familiares, amigos, vecinos, colegas de trabajo y escuela. Esta pandemia pone en evidencia y refleja una crisis que va más allá de la salud. Es, en palabras de Javier Padilla y Pedro Gullón, también una crisis económica y ecológica, que se cruza con un sistema económico generador de desigualdades.² A pesar que somos todos y todas vulnerables ante las epidemias, o más aún en una pandemia, no todos lo somos de la misma forma. Estos dos médicos e investigadores nos dicen que las epidemias sí saben de clases sociales, en distintos niveles:

- i. No todos tenemos las mismas probabilidades de ser contagiados y desarrollar la enfermedad. La incidencia es mayor en los barrios más pobres, lo que se relaciona con la forma como nos contagiamos (trabajo, desplazamientos, condiciones de la vivienda...);
- ii. Las personas de clases más desfavorecidas son más vulnerables a las consecuencias médicas de la enfermedad, ya que las condiciones de salud (enfermedades crónicas, por ejemplo) siguen un mismo patrón. Esto lo podemos

¹ En entrevista al cuaderno Ípsilon del periódico Público, 31 de julio de 2017 (traducción libre), <https://bit.ly/2lkpA34> (consulta: 05/12/2020).

² Padilla, Javier Padilla & Gullón, Pedro, in Vídeo Inaugural XXª Jornada sobre Desigualdades Sociales y Salud - Cádiz, 3-17 de noviembre de 2020. <https://youtu.be/32SQk-1RXVw> (visualización: 03/12/2020).

profundizar con conceptos como el de *inequidades en salud o determinantes sociales de salud*;

- iii. Las personas de clases más desfavorecidas son también más vulnerables a las consecuencias sociales y económicas de la pandemia.³ En una situación de recesión económica, sobre todo si se toman medidas de mayor *austeridad*, serán siempre las clases más bajas las que sufran las peores consecuencias.⁴

Otra evidencia de esta pandemia es la precariedad de nuestro sistema de cuidados, totalmente patriarcal, en el cual las mujeres – siempre ellas – son forzadas a asumir una mayor carga de trabajo, para cuidar los familiares enfermos, alimentar, ayudar sus hijos/as con los deberes, y un largo etcétera. En casas, muchas veces asfixiantes, donde predomina y se agrava la violencia machista, como se puede comprobar por la subida de casos registrados de agresiones y muertes violentas en muchos países.

Esta pandemia pone de manifiesto, finalmente, una tendencia desde hace muchos años, agravada por la crisis económica estructural, que es la desaparición paulatina de ataduras legales entre las empresas y los trabajadores y trabajadoras. No, no todo se soluciona con mandar la gente a casa teletrabajar, y hacer alarde del *salto* a la *sociedad digital* o la *economía digital*. No, la mayoría de las personas, simplemente no lo puede hacer. Y las pocas que nos podemos permitir, no tenemos todas las mismas condiciones (medios informáticos apropiados, conexión de alta velocidad, espacio adecuado, entre otras).

El *teletrabajo*, palabra tantas veces repetida en el 2020, es, por consiguiente, una realidad – privilegiada – de una pequeñísima minoría, un arbusto en medio de un bosque en llamas. La gran mayoría no puede teletrabajar desde casa, su presencia en el local de trabajo es imprescindible. Como el personal sanitario. Como el personal que cuida de nuestros mayores. Como el personal que limpia nuestras calles. Como el personal que cultiva, produce, vende o distribuye nuestros alimentos, entre tantos otros, otras. Y, cuando no los es – imprescindible – normalmente es por una razón: el desempleo. Muchas familias sobreviven gracias a prestaciones sociales, a la caridad de algunas instituciones del tercer sector, o a las ayudas intrafamiliares. Y más se necesitarán en un futuro próximo.

Y en Mozambique, ¿cuál ha sido la palabra más veces repetida en 2020?

Confieso que no lo sé, una cosa es lo que la realidad digital nos enseña, otra es lo que la realidad cotidiana, en un país empobrecido como Mozambique, donde la gran mayoría de su población no tiene acceso a internet⁵, nos enseña. También allí, la pandemia es más que una palabra, es una nueva crisis en medio de tantas otras.

Tal vez los números no lo demuestren, pero la realidad y la vida no se resumen en números. Estos nos dicen que las personas infectadas no llegan, en estos momentos, a las 16 mil. Y que las muertes son una centena y algunas decenas más. ¿Es mucho? ¿Es real? Siempre es mucho, cualquier muerte que se pueda evitar es una desgracia, sea en Mozambique, sea en cualquier otro país del mundo. Allí, nos deparamos con una sobrecarga aún mayor de los ya escasos servicios sanitarios (un eufemismo), que no dan respuesta a todas las necesidades de la población, en un país con altas tasas de personas infectadas con VIH, que dependen de

³ Ídem.

⁴ Para una mayor profundización: Padilla, J. & Gullón, P. (2020): *Epidemocracia. Nadie está a salvo si no estamos todos a salvo*. Capitán Swing, Madrid.

⁵ Según el IV Censo General de la Población y Vivienda 2017, solo el 7% de la población había usado internet los 3 últimos meses. De ésta, el 78% proveniente de zonas urbanas, en su mayoría de la Ciudad de Maputo y Provincia de Maputo (48% del total). <https://bit.ly/39MVlwW> (consulta: 05/12/2020).

antirretrovirales, o que mueren por complicaciones causadas por malaria, tuberculosis, enfermedades diarreicas...

Un país que, en muchos aspectos, posee muchas de las características de un Estado fallido, donde los gobernantes y las administraciones públicas no prestan los servicios más básicos a su población, y las desigualdades y dicotomías crecen. Entre hombres y mujeres, entre mundo urbano y rural. Entre Norte y Sur (un Sur figurado). Entre gobernantes y gobernados. Entre dueños (¿usurpadores?) y expropiados de la tierra. Entre tradición y modernidad (capitalista, consumista). Entre tantos mundos que conviven en un mismo país.

Entonces, ¿qué palabra marca Mozambique en 2020? Estaría tentado a decir “pobreza”. Pero, esa es la más absoluta “normalidad”. La normalidad allí, para la mayoría de su población, es la sobrevivencia. No obstante, no es totalmente verdad. Se puede decir que la pandemia también ha tenido su impacto en el país y merece destacarse. Más que a nivel de la salud de las personas y la capacidad de respuesta del sector, diría que ha impactado, sobre todo, a nivel económico.

En un país (aún) con una elevada dependencia de la ayuda externa, que sectores como los de salud y educación necesitan para funcionar. En un país que vive en recesión desde hace varios años, agravada por el *caso de las deudas ocultas*, aún sin juicio, que reduce la capacidad de inversión pública, generar empleo o prestar servicios públicos de calidad. En un país donde el coste de vida se ha incrementado drásticamente, debido a la falta de producción propia, a la dependencia de productos importados y la devaluación de su moneda. En un país donde, finalmente, la insistencia por un modelo económico basado en megaproyectos mineros, energéticos y del agronegocio, rehén de la agenda neoliberal, solo sirve los intereses del capitalismo financiero internacional que es aquí donde enseña su verdadero (y más violento) rostro: imperialista, colonialista, extractivista, opresor.

¿Y qué es lo que marca el 2020 en Mozambique? Yo diría que todo se resume a una palabra. Una palabra que cuesta pronunciar y que se evita. Una palabra que motiva un incremento de la coacción sobre los medios de comunicación sociales locales, cada vez con menos posibilidades de realizar su trabajo con transparencia y libertad para informar a la ciudadanía. Una ciudadanía que vive con miedo. Miedo de la enfermedad, miedo de la muerte, miedo de hablar, miedo de la guerra. Sí, esa palabra que cuesta pronunciar en Mozambique, o cuando nos referimos a Mozambique, es la palabra “guerra”.

No, no hablo de esa *guerra contra la pandemia*, como por aquí se dice desde donde escribo, donde se abusa de manera *interesada* de los términos bélicos, a veces alzando banderas. Sin la más mínima noción y compasión por las personas del mundo que saben qué es verdaderamente la guerra y que de ella buscan escapar con vida o sobrevivir de sus traumas, a diario.

Mozambique es un país que vuelve a estar en guerra. En la región centro, donde parece ser las treguas y los acuerdos de paz entre RENAMO y FRELIMO son meras promesas por cumplir, ya que se sigue ejerciendo violencia sobre las poblaciones, atacando instalaciones de la administración y servicios públicos, vías de transporte, con numerosas víctimas que se van acumulando, año tras año.

Pero, guerra también, en su sentido más amplio, en la provincia de Cabo Delgado, en la región norte del país. Guerra en que, una vez más, las principales víctimas son las mujeres y niñas. Esclavizadas, violadas, despojadas de sus derechos. Una guerra con fecha de inicio, 5 de octubre de 2017, con el ataque de un grupo armado en la Vila de Mocímboa da Praia. Desde

esa fecha, a este grupo les han llamado casi todo: bandidos, insurgentes, radicales, terroristas, terroristas islámicos. Al Shabaab, Al-Qaeda, Estado Islámico. Extranjeros, se dice. Hay conexiones comprobadas con distintas redes terroristas internacionales y hay registro de la presencia de combatientes de las más diversas procedencias. Sin embargo, los testimonios de la población que consigue escapar también nos dicen que estos grupos armados está formado, en su mayoría, por gente local, por sus propios familiares y vecinos. Jóvenes y menos jóvenes, de distintas etnias que se unen, obligados o voluntariamente a la *yihad*. Con promesas de una vida mejor y el dinero que nunca antes habían tenido. Pero, ¿por qué?

Algunos académicos, periodistas y especialistas en seguridad sobre la crisis de Cabo Delgado, se limitan a levantar un poco el velo, centrándose principalmente en los aspectos asociados al fundamentalismo islámico de esta “insurgencia” armada, para legitimar la militarización de la zona, un *modus operandi* tan frecuente en otros escenarios de explotación de recursos naturales y energéticos. Con el propósito, dicen, de salvar vidas humanas y proteger los bienes públicos. Pero, posiblemente también, para proteger los intereses privados de las transnacionales que explotan estos mismos recursos. Es decir, para proteger el *business* que no deja de operar, mismo que cercado de muerte y violencia, lo que justifica los abultados contratos con empresas privadas de seguridad (mercenarios). Algunas de sus tesis afirman que esta causa – el fundamentalismo islámico – es, de alguna forma, reciente y forjada con elementos externos. Según Liazzat Bonate, “esos autores tienden a destacar la violencia dentro de las comunidades musulmanas como un indicador del aumento del radicalismo, pero, históricamente, la violencia ha acompañado todos los momentos de reforma del Islam local”.⁶

Tal vez nadie pudiera prever un conflicto con esta dimensión, pero hubo algunos avisos previos que apuntaban en esta dirección. En concreto, de líderes religiosos islámicos que señalaban, en declaraciones reproducidas por Weimer, “el retorno de jóvenes entrenados y radicalizados en escuelas coránicas en Sudán y otros países, con becas concedidas indirectamente por Estados del Golfo, siguiendo la tradición sunita *wahhabi*”.⁷ Una “verdad en cierta medida”, según Bonate.⁸

Bernhard Weimer, en el ensayo publicado el 26 de noviembre por el IESE, y que merece una lectura más atenta en otro espacio⁹, explica que “la secuencia de eventos desde octubre de 2017 ha puesto de manifiesto hasta qué punto un movimiento o un brazo islámico militante ha creado raíces en las provincias de Cabo Delgado y Nampula en los últimos años, teniendo como objetivo principal las instituciones gubernamentales, infraestructura estratégica y otros objetivos «militares»”.¹⁰ En este sentido, nos dice que el “resultado de ambas causas, la pobreza y la radicalización religiosa, es el surgimiento de un movimiento rebelde armado”.¹¹

⁶ Bonate, Liazzat J. K., in Intervención en la Mesa Redonda de ASA-EUA (African Studies Association-USA) sobre la crisis en Cabo Delgado, 19 de noviembre de 2020 (traducción libre). <https://bit.ly/2JTjMxM> (consultado: 03/12/2020)

⁷ Weimer, Bernhard (2020): *Vampiros, Jihadistas e Violência Estrutural em Moçambique. Reflexões sobre Manifestações Violentas de Descontentamento Local e as suas Implicações para a Construção da Paz*, p.41. (traducción libre) <https://www.iese.ac.mz/vampiros-jihadistas-cadernos-iese-no-1/> (consulta: 04/12/2020).

⁸ En el documento citado, Liazzat afirma que “el Salafi-Wahhabismo tiene una larga historia en Mozambique. (...) Sin embargo, la ideología Salafi-Wahhabi por si misma raramente produce un movimiento yihadista o cataliza el extremismo actualmente, ya que muchos de sus representantes defienden que los musulmanes se deben adaptar a los contextos sociopolíticos actuales.” (traducción libre).

⁹ En el prefacio de este ensayo, Bjørn Enge Bertelsen, autor de una obra de referencia para comprender las trayectorias de la violencia estructural y la construcción del Estado en Mozambique, “*Violent Becomings: State Formation, Sociality, and Power in Mozambique*” (2016), nos dice que esta es “uno de los contados intentos sistemáticos (...) de presentar un análisis y ejemplificación compuestos por lo que se podría llamar «la política del descontentamiento» en Mozambique.” (traducción libre) (Weimer, 2020, p.9.).

¹⁰ Weimer, ídem, p.40.

¹¹ Ibidem, p.41.

De forma aún más incisiva, Bonate nos dice que “después de observar la situación en Cabo Delgado a lo largo de los 3 últimos años, queda claro que los cambios neoliberales y la violencia del Estado y las instituciones de seguridad han estado en la base de esta nueva *yihad*.”¹²

Esta guerra, que no merece el debido destaque mediático, a pesar de la dimensión de la tragedia, mismo con declaraciones importantes, entre otros, de la Unión Europea, Naciones Unidas y Vaticano en este 2020 en que se ha agudizado el conflicto, sigue pareciendo algo inexistente. Una más entre las muchas tragedias de este mundo. Algo que no sabemos muy bien cómo llamar o clasificar, como si eso fuera necesario.

En una guerra donde, en los últimos 3 años, entre mil y 2 mil personas (existen diversas estimaciones)¹³ han sido muertas y medio millón han sido forzadas a desplazarse de sus casas, tierras de cultivo y lugares donde tienen enterrados sus ancestros, viviendo ahora en campamentos o en casas de familiares, a decenas, centenas o más de mil kilómetros de distancia. En una guerra donde hay otras dos palabras posibles y que van de la mano demasiadas veces: *catástrofe humanitaria*.

En Cabo Delgado, Mozambique, provincia donde se registraron los primeros casos de personas infectadas con SARS-CoV-2 en el país (trabajadores de una empresa de exploración de gas), la pandemia no ha sido la principal preocupación en 2020. No ha sido ni siquiera la pobreza, ni la malaria, ni la desnutrición crónica, cuyos indicadores son desde hace mucho de los peores del país, uno de los más pobres del mundo. No, ¡la principal preocupación ha sido y es la guerra!

Una guerra que deja la provincia y el país en una situación de incertidumbre, de caos, que hace retroceder los pocos avances conseguidos en los últimos 25 años. Y, peor aún, porque no se vislumbra una luz de esperanza y paz, un *plan de vacunación* con fecha marcada. Cabo Delgado, Mozambique después de todo, necesita ayuda técnico-militar. Pero, principalmente, ayuda humanitaria urgente y una voluntad política de construir colectivamente un proyecto de bienestar futuro y de desarrollo humano, sostenible y verdaderamente inclusivo, basado en el diálogo, el perdón y el respeto por los derechos humanos y por la vida.

Como síntesis, si hicieran falta más pruebas, estos últimos meses, estos últimos años, se encargaron de demostrar que estamos ante una ofensiva neoliberal extremadamente violenta, “que ataca a los cuerpos, los territorios y las condiciones de producción del vivir”. Que ataca, “al mismo tiempo, la democracia” y “da un nuevo impulso a los procesos de expoliación, mercantilización y militarización”, siendo que el resultado es “la ampliación del alcance del control y dominio de las élites detenedoras del poder económico sobre la vida de los pueblos”.¹⁴ Desde hace mucho tiempo, esto es precisamente lo que nos vienen alertando los movimientos feministas, como la Marcha Mundial de las Mujeres¹⁵, y otros movimientos sociales que buscan construir alternativas para un mundo mejor, con los cuales compartimos reflexiones y acciones en el proyecto Territorios en Conflicto.

* Vasco Coelho, 11 de diciembre de 2020.

¹² Bonate, ídem.

¹³ <https://www.dw.com/pt-002/cabo-delgado-ong-regista-20-mortes-em-ataques-recentes/a-55320477>

¹⁴ Sempreviva Organização Feminista y Marcha Mundial de las Mujeres (2017): *Desafíos feministas para enfrentar el conflicto del capital contra la vida – las mujeres seguimos en lucha!*, São Paulo, <http://www.sof.org.br/wp-content/uploads/2018/01/Espanhol-web.pdf> (consulta: 05/12/2020).

¹⁵ La 5ª Acción Internacional de la Marcha Mundial de las Mujeres, bajo el lema “Resistimos para vivir, marchamos para transformar” tuvo lugar del 12 al 17 de octubre de 2020. La declaración de cierre está disponible en: <https://youtu.be/reTg0H-c6Dg> y <https://marchemondiale.org/>